

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

“Vuestra Salvación”

NO. 1003

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 30 DE JULIO DE 1871
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

“Vuestra salvación”. Filipenses 2: 12.

Esta mañana escogimos para nuestro texto las palabras: “*vuestra salvación*”, no por alguna singularidad, ni tampoco por el más mínimo deseo de que la brevedad del texto les provocara asombro, sino porque, al anunciar sólo estas dos palabras, nuestro tema podrá ser expuesto ante ustedes con mayor claridad. Si hubiera tomado virtualmente todo el versículo, no habría podido exponerlo sin distraer su atención del tópico que ahora apremia a mi corazón. ¡Oh, que el Espíritu divino haga ver a cada una de sus mentes la indecible importancia de: “vuestra salvación”!

Hay personas que nos dicen que asisten para oírnos pero que les hablamos acerca de temas sobre los que no tienen ningún interés. Ustedes serían incapaces de presentar esa misma queja hoy, pues únicamente hablaremos de “vuestra salvación”, y no hay nada que pudiera concernirles más. A veces se dice que los predicadores seleccionan frecuentemente temas muy imprácticos. Hoy no podrían oponer una objeción de esa naturaleza, pues nada podría ser más práctico que nuestro tema. Nada podría ser más necesario que exhortarlos a ocuparse de “vuestra salvación”.

Incluso hemos escuchado decir que los ministros se deleitan en temas abstrusos, en dogmas contradictorios y en misterios que sobrepasan toda comprensión, pero, esta mañana, nosotros hemos de navegar consistentemente a lo largo de una ruta muy apacible. Hoy no hay doctrinas sublimes ni profundas elucubraciones que pudieran dejarlos perplejos. Sólo serán llamados a considerar “vuestra salvación”, un tema muy simple y muy sencillo, por cierto, pero que, no obstante, es el tema más trascendental que pudiera ser expuesto ante ustedes. Buscaré palabras sencillas y frases simples que sean apropiadas para la sencillez y la simplicidad del tema, para evitar cualquier distracción motivada por el lenguaje del predicador,

y para promover pensamientos exclusivamente relacionados con este tema único, exclusivo e indiviso: “vuestra salvación”.

Les pido a todos ustedes, como hombres razonables que no se perjudicarían ni se descuidarían a ustedes mismos, que me presten su más solemne atención. Ahuyenten a los enjambres de vanidades que zumban en torno suyo, y cada quien piense por sí mismo sobre “su propia salvación”.

¡Oh, que el Espíritu de Dios aisle a cada uno de ustedes en una soledad mental, y constriña a cada uno de ustedes, individualmente, a enfrentar la verdad relativa a su propio estado! Cada hombre aparte y cada mujer aparte, el padre aparte y el hijo aparte, vengan ahora delante del Señor en pensamiento solemne, y nada deberá ocupar su atención excepto ésto: “vuestra salvación”.

I. Vamos a comenzar la meditación de esta mañana notando LA MATERIA BAJO CONSIDERACIÓN: ¡La salvación!

¡Salvación! Es una palabra grandiosa que no siempre es entendida, que es a menudo desvalorizada y cuya médula es desdeñada. ¡Salvación! Es una materia que concierne a todos los presentes. Todos nosotros caímos en nuestro primer padre, todos nosotros hemos pecado personalmente y todos nosotros pereceremos a menos que encontremos la salvación.

La palabra ‘salvación’ contiene en sí *la liberación de la culpa de nuestros pecados pasados*. Cada uno de nosotros ha quebrantado la ley de Dios, más o menos flagrantemente. Todos nosotros hemos rodado cuesta abajo, aunque cada uno ha elegido un camino diferente. La salvación trae consigo la supresión de nuestras transgresiones pasadas, la absolución de la criminalidad y la exoneración de toda culpabilidad, para ser aceptados ante el grandioso Juez. ¡Qué hombre en su sano juicio negaría que el perdón constituya una indecible y deseable bendición!

Pero la salvación significa algo más que eso: incluye *la liberación del poder del pecado*. A todos nosotros nos encanta el mal, naturalmente, y por eso corremos golosamente tras él. Somos esclavos de la iniquidad y amamos la servidumbre. Esto último es el peor rasgo del caso. Pero cuando llega la salvación, el hombre es liberado del poder del pecado. Aprende que es malo y lo considera como tal, lo detesta, se arrepiente de haber estado alguna vez enamorado de él, le da la espalda, y por medio del Espíritu de Dios,

se convierte en un amo de sus concupiscencias, coloca a la carne debajo de sus pies, y se remonta hacia a la libertad de los hijos de Dios.

¡Ay!, hay muchos seres a quienes no les importa tal cosa: si en eso consistiera la salvación, no darían ni un centavo por ella. Aman a sus pecados. Se regocijan al seguir los designios y las imaginaciones de sus propios corazones corruptos. Sin embargo, tengan la seguridad de que esta emancipación de los malos hábitos, de los deseos impuros y de las pasiones carnales, es el punto principal de la salvación, y si no poseyéramos esa emancipación, no gozaríamos de la salvación ni tampoco podríamos gozar de la salvación en sus otras ramificaciones.

Amado oyente, ¿posees tú la salvación del pecado? ¿Has escapado de la corrupción que hay en el mundo debido a la concupiscencia? Si no fuera así, ¿qué tienes que ver con la salvación? Para cualquier individuo de mente recta, ser liberado de los principios impíos se considera como la mayor de todas las bendiciones. ¿Qué piensas de eso?

La salvación incluye *la liberación de la presente ira de Dios*, que permanece sobre el hombre irredento en cada momento de su vida. Toda persona que no goza del perdón es objeto de la ira divina. “Dios está airado contra el impío todos los días. Si no se arrepiente, él afilará su espada”. “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”.

Oigo frecuentemente la declaración de que éste es un estado de prueba. Ese es un gran error, pues nuestra prueba pasó desde hace mucho tiempo. Los pecadores han sido probados y han sido encontrados indignos; han sido “pesados en la balanza” y “hallados faltos”. Si no han creído en Jesús, la condenación pende ya sobre ustedes: si bien su castigo ha sido aplazado temporalmente, su condenación está registrada. La salvación extrae al hombre de la nube de la ira divina, y le revela el amor divino. Puede decir entonces: “Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado”.

Oh, no es el infierno en el tiempo venidero lo único que un pecador debe temer, sino también la ira de Dios que reposa ahora sobre él. Es algo terrible estar irreconciliado con Dios ahora: es algo terrible tener la flecha de Dios apuntando hacia ti en este instante, aunque no haya sido soltada todavía de la cuerda. Cuando entiendes que

eres el blanco de la ira de Jehová, eso basta para hacerte temblar de pies a cabeza: “Armado tiene ya su arco, y lo ha preparado”. Toda alma que no está reconciliada con Dios por medio de la sangre de Su Hijo, está en hiel de amargura. La salvación nos libra de inmediato de este estado de peligro y separación. Ya no somos más “hijos de ira, lo mismo que los demás”, sino que somos hechos hijos de Dios y coherederos con Cristo Jesús. ¿Qué pudiera concebirse que sea más precioso que esto?

Y luego, finalmente recibimos esa parte de la salvación que los ignorantes ponen al principio, haciendo que constituya la totalidad de la salvación. Como consecuencia de ser liberados de la culpa del pecado, del poder del pecado y de la presente ira de Dios, somos *liberados de la ira futura de Dios*. Esa ira se descargará a su máxima potencia sobre las almas de los hombres cuando abandonen el cuerpo y estén delante del tribunal de su Hacedor, si partieren de esta vida sin ser salvos. Morir sin salvación es entrar en la condenación. Donde la muerte nos deja, allí nos encuentra el juicio; y donde el juicio nos encuentra, la eternidad nos ha de conservar por los siglos de los siglos. “El que es inmundo, sea inmundo todavía”, y quien es desventurado como castigo por ser inmundo, será irremediamente desventurado todavía. La salvación libra al alma de descender al abismo del infierno.

Nosotros, siendo justificados, ya no estamos más sujetos al castigo, porque ya no somos susceptibles de ser acusados de culpa. Cristo Jesús soportó la ira de Dios para que nosotros no tuviéramos que soportarla jamás. Él consumó una plena expiación ante la justicia de Dios por los pecados de todos los creyentes. Contra el creyente no permanece ningún registro de culpa; sus transgresiones son borradas, pues Cristo Jesús terminó con la trasgresión, puso un fin al pecado e introdujo una justicia sempiterna.

¡Qué palabra tan amplia es ésta: “salvación”! Es una triunfante liberación de la culpa del pecado, de su dominio, de su maldición, de su castigo y al final, de su existencia misma. La salvación es la muerte del pecado, es su entierro, es su aniquilación, sí, y es la propia erradicación de su memoria, pues así dijo el Señor: “Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones”.

Amados oyentes, yo estoy seguro de que éste es el tema más enjundioso que yo pudiera presentarles, y por tanto, no podría estar satisfecho a menos que vea que los prende y los ase firmemente. Yo les ruego que le presten una diligente atención a este tema, que es el

más apremiante de todos. Si mi voz y mis palabras no pueden atraer su más plena atención, desearía entonces quedarme mudo, para que otro implorador poseedor de un lenguaje más sabio, los incite a una más íntima consideración de este asunto.

Me parece que la salvación es un tema de primordial importancia, cuando pienso en lo que es en sí misma, y por esta razón la he expuesto de entrada ante sus ojos; pero podría ayudarles a recordar su valor si consideraran que Dios el Padre tiene en un alto concepto a la salvación. Ya estaba en Su mente antes de que la tierra existiera. Él considera que la salvación es un asunto excelso, pues entregó a Su Hijo para salvar a los pecadores rebeldes. Jesucristo, el Unigénito, considera que la salvación es de suma importancia, pues se desangró y murió para consumarla. ¿Acaso he de tomar a la ligera aquello que le costó Su vida? Él descendió del cielo a la tierra, y ¿seré yo lento para mirar al cielo desde la tierra? ¿Será de escasa importancia para mí aquello que le costó al Salvador una vida de celo y una muerte de agonía? Por el sudor sangriento de Getsemaní y por las heridas del Calvario, les suplico que tengan la certeza de que la salvación es digna de sus pensamientos más encumbrados y más ávidos. No podría ser que Dios el Padre y Dios el Hijo, hicieran un sacrificio conjunto de esta manera: el uno entregando a Su Hijo y el otro entregándose a Sí mismo por la salvación y, sin embargo, que la salvación fuera algo irrelevante y trivial. El Espíritu Santo tampoco la considera como algo sin importancia, pues condesciende a obrar continuamente en la nueva creación para efectuar la salvación. Él es a menudo vejado y entristecido, y sin embargo, continúa todavía con Sus perdurables labores con el objeto de transportar a muchos hijos a la gloria. No desprecien ustedes lo que el Espíritu Santo estima, no sea que desprecien al propio Espíritu Santo.

La sagrada Trinidad tiene en un alto concepto a la salvación y nosotros no debemos descuidarla. Yo les suplico a quienes siguen sin concederle ninguna importancia a la salvación, que recuerden que nosotros, los que tenemos que predicarles a ustedes, no nos atrevemos a restarle importancia. Entre más vivo más siento que si Dios no me hiciera fiel como ministro, bueno me fuera no haber nacido nunca. ¡Qué terrible pensamiento es que he sido puesto como atalaya para advertir a sus almas, y si no les advirtiera debidamente, la sangre de ustedes sería colocada a mi puerta! ¡Mi propia condenación ya sería lo suficientemente terrible, pero sería peor tener los bordes de mis vestidos manchados con su sangre! Que Dios salve a cualquiera de Sus ministros de ser encontrado culpable de las

almas de los hombres. Cada predicador del Evangelio podría clamar con David: “Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación”.

Oh oyentes indiferentes, ¿juzgan ustedes que la Iglesia de Dios valora a la salvación como un asunto de escasa importancia? Hombres y mujeres denodados, por miles, están orando día y noche por la salvación de otros, y también están trabajando y haciendo grandes sacrificios, y están dispuestos a hacer mucho más todavía, si pudieran servir de alguna manera para llevar a algunas personas a Jesús y Su Salvación. Ciertamente, si hombres compasivos y hombres sabios piensan que la salvación es tan importante, quienes hasta aquí la han descuidado deberían cambiar sus mentes al respecto, y actuar con mayor cuidado para con sus propios intereses.

Los ángeles piensan que es un asunto serio. Inclínándose desde sus tronos tienen puesta su mirada sobre los pecadores arrepentidos; y cuando oyen que un pecador retorna a su Dios, despiertan de nuevo a sus arpas de oro y hacen resonar una música renovada delante del trono, pues “Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”.

También es cierto que los demonios consideran a la salvación como un asunto muy importante, pues su líder máximo anda alrededor buscando a quien devorar. Ellos no se cansan nunca de buscar la destrucción de los hombres. Saben cuánto glorifica a Dios la salvación, y cuán terrible es la ruina de las almas; y por tanto, recorren mar y tierra buscando destruir a los hijos de los hombres. ¡Oh, yo te ruego, displicente oyente, que seas lo suficientemente sabio para tenerle pavor a ese destino que tu cruel enemigo, el diablo, quisiera gustosamente alcanzar para ti!

Recuerda también que las almas perdidas consideran que la salvación es importante. Cuando estaba en este mundo, el hombre rico no tenía en alta estima otra cosa que sus graneros y el almacenamiento de todo su producto; pero cuando llegó al lugar del tormento, entonces dijo: “Padre Abraham, envía a Lázaro a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”. Las almas perdidas ven las cosas bajo una luz diferente de la luz que los deslumbró aquí abajo; valoran las cosas sobre una base diferente de como las valoramos aquí, donde los placeres pecaminosos y los tesoros terrenales enturbian al ojo de la mente.

¡Les ruego entonces, por la bendita Trinidad, por las lágrimas y por las oraciones de los santos, por el gozo de los ángeles y de los espíritus glorificados, por la malicia de los demonios y la desesperación de los perdidos, que despierten del adormecimiento y que no descuiden una salvación tan grande!

Yo no voy a depreciar nada que concierna a su bienestar, pero aseveraré resueltamente que nada les concierne tanto a todos ustedes como la salvación. Por supuesto que su salud les concierne. Manden llamar al médico si están enfermos; cuiden bien la dieta y el ejercicio y todas las leyes sanitarias. Cuiden sabiamente de su constitución física y sus peculiaridades; pero, ¿qué importa, después de todo, haber poseído un cuerpo sano, si tuvieren un alma a punto de perecer? Riqueza, sí, si han de tenerla, aunque descubrirían que es algo vacío si pusieren su corazón en ella. Prosperidad en este mundo, gánenla si pudieran hacerlo limpiamente, pero “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” Un ataúd de oro sería una pobre compensación por un alma condenada. Ser echado fuera de la presencia de Dios, ¿podría ser mitigada esa miseria por montañas de tesoros? ¿Podría ser endulzada la amargura de la segunda muerte, por el pensamiento de que el desventurado fue una vez un millonario y que su riqueza podría afectar la política de las naciones? No, no hay nada en la salud o en la riqueza comparable a la salvación. Tampoco el honor y la reputación podrían resistir una comparación con ella. Verdaderamente no son sino chucherías y, sin embargo, a pesar de eso, ejercen una extraña fascinación sobre los hijos de los hombres.

Oh, señores, si cada cuerda de todas las arpas del mundo hiciera resonar sus glorias, y si cada trompeta proclamara su fama, ¿qué importaría eso si una voz más potente les dijera: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”? ¡Salvación! ¡*Salvación!* ¡SALVACIÓN! Nada en la tierra podría igualársele, pues su mercancía es mejor que la plata, y su ganancia es mejor que el oro refinado. La posesión del universo entero no equivaldría a un alma perdida, por el terrible daño que ha sufrido y que ha de sufrir por siempre. Amontonen mundos, y que llenen las balanzas: sí, traigan tantos mundos como estrellas, y carguen la balanza de un lado; luego, en este otro lado coloquen a una sola alma dotada de inmortalidad, y descubrirán que pesa más que todo lo demás. ¡Salvación! Nada podría asemejársele. ¡Oh, que sintamos su valor indecible, y por tanto, que la busquemos hasta poseerla en su plenitud!

II. Pero ahora debemos proseguir a un segundo punto de consideración, y oro pidiéndole a Dios el Espíritu Santo que lo grabe en nosotros, y es, **¿A QUIÉN LE PERTENECE ESTE ASUNTO?** Ya hemos visto cuál es el asunto: la salvación; ahora, consideren de quién es. *“Vuestra salvación”*. En esta hora, ninguna otra cosa debe ocupar sus pensamientos excepto sólo este asunto intensamente personal, y yo le imploro al Espíritu Santo que mantenga fija la atención de sus mentes en este único punto.

Si eres salvo, será *“tu propia salvación”*, y tú mismo la gozarás. Si no eres salvo, el pecado que ahora cometes es tu propio pecado y su culpa es tu propia culpa. La condenación bajo la cual vives, con toda su falta de quietud y con su miedo, o con toda su dureza y descuido, es propia tuya, es toda tuya. Podrías participar en los pecados de otros hombres, y otros hombres podrían volverse partícipes de los tuyos, pero hay un peso sobre tu propia espalda que nadie más podría tocar con ninguno de sus dedos. Hay una página en el Libro de Dios en la que tus pecados están registrados aisladamente, sin mezclarse con las transgresiones de tus semejantes.

Ahora, amado, tienes que obtener un perdón personal por todo ese pecado, o estarás arruinado para siempre. Nadie más puede ser lavado en la sangre de Cristo en sustitución tuya; nadie puede creer y dejar que su fe ocupe el lugar de tu fe. La simple suposición del respaldo humano en materia de religión es monstruosa. Tú mismo tienes que arrepentirte, tú mismo tienes que creer, tú mismo tienes que ser lavado en la sangre, o de lo contrario no habría para ti ningún perdón, ninguna aceptación, ninguna adopción ni ninguna regeneración. Se trata de un asunto personal de principio a fin: ha de ser *“tu propia salvación”*, o de lo contrario será tu propia ruina eterna.

Considera con preocupación que has de morir personalmente. Nadie imagina que otro pudiera morir por él. Nadie podría redimir a su hermano ni darle a Dios un rescate. A través de esa puerta de hierro he de pasar solo, y tú también. Morir tendrá que ser nuestro asunto personal; y en ese morir hemos de tener ya sea consuelo personal o descorazonamiento personal. Cuando la muerte haya ocurrido, la salvación es todavía nuestra *“propia salvación”*, pues si soy salvo, *mis* “ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos”. Mis ojos lo verán, y nadie más lo hará a nombre mío. Tu corona no será llevada sobre la cabeza de ningún otro hermano; tu palma no será mecida por la mano de algún extraño; los ojos de ninguna hermana habrán de mirar por ti la visión beatífica, y el

éxtasis de la bienaventuranza no habrá de llenar el corazón de alguien que te respalde como tu sustituto. Hay un cielo personal para el creyente personal en el Señor Jesucristo. Si la posees, entonces ha de ser “tu salvación”. Pero si no la posees, piensa de nuevo que ha de ser tu propia condenación. Nadie será condenado por ti; nadie más podrá soportar los ardientes rayos de la ira de Jehová a nombre tuyo. Cuando grites: “¡Ocúltenme, oh rocas! ¡Escóndanme, oh montes!, nadie dará un salto al frente para decir: “Puedes dejar de ser maldecido pues yo me voy a convertir en una maldición por ti”.

Hoy existe un sustituto para todo aquel que cree: el sustituto designado de Dios: el Cristo de Dios; pero si esa sustitución no fuere aceptada por ti, no podría haber otra nunca, sino que sólo quedaría para ti ser echado fuera personalmente para sufrir personalmente los dolores en tu propia alma y en tu propio cuerpo para siempre. Esto, entonces, lo convierte en el asunto más solemne. Oh, sean sabios, y ocúpense de “su propia salvación”.

Podrías ser tentado hoy, y muy probablemente olvidarías tu propia salvación al ser influenciado por pensamientos de otras personas. En este tema, todos nosotros somos muy propensos a mirar hacia el exterior, y no a mirar a casa. Permíteme suplicarte que reviertas el proceso y que hagas que todo aquello que te ha inducido a descuidar tu propio viñedo sea tornado en la dirección opuesta y te conduzca a comenzar por casa y a ocuparte de “tu propia salvación”.

Tal vez ustedes moren en medio de los santos de Dios, y hayan sido propensos a encontrarles fallas, aunque por mi parte puedo decir que ellas son las personas con quienes deseo vivir y con quienes deseo morir: “Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”. Oh, pero si tú vives en medio de los santos, ¿no deberías ocuparte en “tu propia salvación”? Comprueba que verdaderamente eres uno de ellos y no alguien que simplemente está registrado en el libro de registros de la iglesia; que eres alguien que está realmente grabado en las palmas de las manos de Cristo; que no eres un falso profesante, sino un real poseedor de la salvación; que no eres un mero portador del nombre de Cristo, sino un portador de la naturaleza de Cristo. Si vives en una familia que goza de la gracia, ten cuidado no sea que vayas a ser separado de ellos eternamente. ¿Cómo podrías soportar ir de un hogar cristiano al lugar del tormento? Que las ansiedades de los santos te guíen a estar ansioso. Que sus oraciones te conduzcan a la oración. Que su ejemplo censure

tu pecado, y que sus gozos te atraigan hacia el Salvador de tu familia. ¡Oh, ocúpate de esto!

Pero tal vez vivas mayormente en medio de hombres impíos, y la tendencia de tu conversación con los impíos te lleve a pensar en las banalidades, en las trivialidades y en las iniquidades de esta vida. No permitas que eso suceda, antes bien, di: “Oh Dios, aunque me encuentro en medio de estas personas, no arrebatas con los pecadores mi alma, ni mi vida con hombres sanguinarios. Concédeme que evite los pecados que cometen, y la impenitencia de la cual son culpables. Sálvame, te lo ruego, oh Dios mío, sálvame de las transgresiones que cometen”.

Hoy, tal vez, algunas de sus mentes estén ocupadas con pensamientos de los muertos que quedaron dormidos recientemente. Tal vez haya algún pequeñito que está siendo velado en casa, o haya un padre que no ha sido depositado todavía en la tumba. Oh, cuando ustedes lloren por quienes se han ido al cielo, piensen en “su propia salvación”, y lloren por ustedes mismos, pues se han separado de ellos para siempre a menos que ustedes sean salvos. Ustedes les dijeron “Adiós” a esos seres amados, un adiós eterno, a menos que ustedes mismos crean en Jesús. Y si alguno de ustedes se ha enterado de personas que han vivido en pecado y han muerto en la blasfemia, y están perdidos, les ruego que no piensen en ellos descuidadamente para que no lleguen a sufrir la misma condenación, pues, ¿qué dice el Salvador?: “¿Pensáis que éstos eran más pecadores que todos los demás pecadores?” “Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”. Me parece a mí como si todo lo de la tierra, y todo lo del cielo, y todo lo del infierno, sí, y Dios mismo, los invitan a buscar “vuestra salvación” primero, y ante todo, y por sobre todas las otras cosas.

Podría ser provechoso mencionar a algunas personas ante quienes este tema debe ser recalado. Comenzaré por casa. Hay una gran necesidad de apremiar este asunto con los cristianos con cargos oficiales, tal como soy yo, tal como son mis hermanos, los diáconos y los ancianos. Si hubiere algunas personas que son propensas a ser engañadas, son aquellas que son llamadas por su oficio a actuar como pastores de las almas de otros.

¡Oh, hermanos míos! Es tan fácil imaginar que porque soy un ministro y porque tengo que tratar con cosas santas, por eso, yo estoy seguro. Oro pidiendo no caer nunca en ese engaño, antes bien,

que me aferre siempre a la cruz, como un pobre y necesitado pecador que descansa en la sangre de Jesús.

Hermanos ministros, colaboradores y oficiales de la iglesia, no imaginen que el oficio pueda salvarlos. El hijo de la perdición era un apóstol, mayor que nosotros en oficio y, sin embargo, en esta hora, es mayor en destrucción. Preocúpense ustedes, que son contados entre los líderes de Israel, de verificar que ustedes mismos sean salvos.

Los propulsores de doctrinas imprácticas constituyen otra clase de personas que necesitan ser advertidas para que se ocupen de su propia salvación. Cuando oyen un sermón, se sientan con su boca abierta, listas a reaccionar bruscamente contra cualquier error a medias. Clasifican a un hombre como un ofensor por una simple palabra, pues se autodefinen como los estándares de la ortodoxia, y sopesan al predicador al momento de hablar, y lo hacen con tanto aplomo como si hubiesen sido designados como jueces adjuntos del propio Gran Rey. ¡Oh, amigo, ponte tú mismo en la balanza! Podría ser una gran cosa tener una cabeza ortodoxa en la fe, pero es una cosa mejor tener un corazón recto. Yo podría partir un cabello entre ortodoxia y heterodoxia, y sin embargo, podría no tener ni parte ni porción en el asunto. Podrías ser un calvinista muy ortodoxo, o pudieras pensar que la ortodoxia está en otra dirección, pero, oh, eso no es nada, es menos que nada, a menos que tu alma sienta el poder de la verdad, y tú mismo hubieres nacido de nuevo. Ocúpense de “vuestra salvación”, oh ustedes, hombres sabios en la letra, pero que no tienen al Espíritu.

Así, también, necesitan ser advertidas ciertas personas que son siempre dadas a curiosas especulaciones. Cuando leen la Biblia no es para descubrir si son salvos o no, sino para saber si estamos bajo la tercera o la cuarta copas, cuándo ha de tener lugar el milenio, o qué cosa es la batalla de Armagedón.

Ah, amigo, escudriña todas estas cosas si tienes el tiempo y la habilidad, pero ocúpate primero de tu salvación. Bienaventurado el que entiende el libro del Apocalipsis; con todo, antes que nada, entiende esto: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”. El más brillante doctor en los símbolos y misterios del Apocalipsis será echado fuera tan ciertamente como el más ignorante, a menos que haya venido a Cristo y haya apoyado su alma sobre la obra expiatoria de nuestro grandioso Sustituto.

Yo sé de algunos seres que necesitan grandemente ocuparse de su propia salvación. Me refiero a quienes siempre están criticando a los demás. Difícilmente pueden asistir a algún lugar de adoración sin que estén observando el vestido o la conducta del vecino. Nadie está a salvo de sus comentarios, pues son jueces muy perceptivos y hacen observaciones muy perspicaces. Ustedes, que son criticones y chismosos, ocúpense de “su propia salvación”. Ustedes condenaron a un ministro el otro día por una supuesta falta, y sin embargo, él es un amado siervo de Dios que mora cerca de su Señor; ¿quién eres tú, amigo, para usar tu lengua contra alguien como él? El otro día una pobre cristiana humilde fue el blanco de tu murmuración y de tu calumnia, al punto de que heriste su corazón. Oh, ocúpate de ti mismo, ocúpate de ti mismo. Si esos ojos que miran externamente de manera tan incisiva miraran algunas veces interiormente, podrían ver un espectáculo que los dejaría ciegos de horror. Pero sería un bendito horror si los condujera a volverse al Salvador, quien les abriría esos ojos nuevamente y les concedería ver Su salvación.

Podría decir también que en este asunto de ocuparse de la salvación personal, es necesario hablarles a algunos que han respaldado ciertos grandes designios públicos. Yo confío ser un protestante tan ardiente como el que más, pero conozco también a muchos apasionados protestantes que sólo son un poco mejores que los católicos romanos, pues aunque los católicos de antaño estaban decididos a quemarlos, ellos ciertamente les negarían la tolerancia a los católicos de hoy, si pudieran hacerlo; y en eso no veo ninguna diferencia entre los dos grupos de fanáticos intolerantes.

Protestantes celosos, yo estoy de acuerdo con ustedes, pero les advierto que su celo en este asunto no los salvará, ni suplirá el lugar de la piedad personal. Muchos protestantes ortodoxos serán encontrados a la siniestra del Grandioso Juez. Y ustedes, también, que por siempre están discutiendo agitadamente este o aquel tema público, yo les quisiera decir: “Dejen tranquila a la política mientras su propia política interna no haya sido puesta sobre un sólido fundamento”. Tú eres un reformador radical y podrías enseñarnos un sistema de economía política que enderezaría todos nuestros errores y le daría a cada persona lo que le corresponde; entonces te ruego que corrijas tus propios errores, refórmate, entrégate al amor de Jesucristo, o ¿qué significaría para ti, aunque supieras cómo balancear los asuntos de las naciones, y cómo regular los arreglos de todas las clases de la sociedad, si tú mismo eres aventado como el tamo delante del aventador del Señor? Que Dios nos conceda gracia, entonces, para que independientemente de cualquier otra cosa en la

que nos involucremos, que guardemos la salvación en su lugar debido y procuremos hacer firme nuestra vocación y elección.

III. Y ahora, en tercer lugar, -y oh, que se nos conceda la gracia para hablar debidamente- voy a RESPONDER A CIERTAS OBJECIONES. Me parece oír que alguien dice: “Bien, pero ¿acaso tú no crees en la *predestinación*? ¿Qué tenemos que ver nosotros con ocuparnos de nuestra salvación? ¿Acaso no está fijado todo?” Necio, pues difícilmente podría responderte sin darte el título correcto; ¿no estaba fijado que debías mojarte o no al venir a este lugar? Entonces, ¿para qué trajiste tu paraguas? ¿No está fijado que debes ser alimentado hoy con alimento o que debes pasar hambre? Entonces, ¿para qué irás a casa y tomarás tu alimento? ¿No está fijado que vivirás o no el día de mañana? Por tanto, ¿habrías de cortarte la garganta? No, tú no razones tan perversamente, tan neciamente, acerca del destino en referencia a cualquier otra cosa excepto a “tu propia salvación”, y tú sabes que no se trata de razonamiento sino de una simple perorata. Ésta es toda la respuesta que te daré y toda la que mereces.

Alguien más dice: “Para mí es un problema ocuparme de mi propia salvación. ¿Acaso tú no crees en la *plena seguridad*? ¿Acaso no hay personas que saben que son salvas más allá de toda duda?” Sí, bendito sea Dios, y yo espero que haya muchas de esas personas aquí presentes ahora. Pero déjenme decirles quiénes califican para estar en esa categoría. Son personas que no temen examinarse a sí mismas. Si me encuentro con alguien que diga: “Yo no tengo ninguna necesidad de examinarme más a mí mismo; yo sé que soy salvo y por tanto no tengo ninguna necesidad de ocuparme al respecto”, yo me aventuraría a decirle: “Amigo, tú ya estás perdido. Este considerable engaño tuyo te ha conducido a creer en una mentira”. No hay personas tan cautelosas como aquellas que poseen plena seguridad, y no hay personas que tengan tanto temor santo de pecar contra Dios ni que caminen tan cuidadosamente y con tanta cautela como aquellas que poseen la plena seguridad de la fe. La presunción no es una seguridad, aunque, ¡ay!, muchos piensan que lo es. Ningún creyente que posea la plena seguridad objetará jamás a que se le recuerde la importancia de su propia salvación.

Pero surge una tercera objeción. “Esto es algo muy *egoísta*”, dirá alguien. “Tú nos has estado exhortando a que nos miremos a nosotros mismo, y eso es puro egoísmo”. Sí, eso afirmas, pero déjame decirte que es un tipo de egoísmo que es absolutamente necesario antes de que puedas ser abnegado. Una parte de la

salvación es ser liberado del egoísmo, y yo soy lo suficientemente egoísta para desear ser liberado del egoísmo. ¿Cómo podrías ser de algún servicio para los demás si tú mismo no eres salvo? Un hombre se está ahogando. Yo estoy sobre el 'Puente de Londres'. Si yo saltara del parapeto y supiera nadar, podría salvarlo; pero supongan que no sé nadar, entonces ¿podría prestar algún servicio saltando hacia una muerte súbita y cierta, conjuntamente con el hombre que se está hundiendo? Yo estoy descalificado para ayudarlo mientras no tenga la habilidad de hacerlo. Hay una escuela por allá. Bien, la primera indagación de quien ha de ser el maestro debería ser: “¿sé yo mismo aquello que profeso enseñar?” ¿Llamas a eso una indagación egoísta? En verdad es una indagación sumamente abnegada, basada en el sentido común. Ciertamente, el hombre que no es tan egoísta como para preguntarse: “¿Estoy calificado para actuar como maestro?”, sería culpable de una crasa negligencia si se entregara a un oficio al que no estaba capacitado para desempeñar. Voy a suponer a una persona iletrada que entra a una escuela y dice: “Yo seré el maestro aquí y recibiré la paga”, y sin embargo, no puede enseñarles a los niños a leer o escribir. ¿No sería muy egoísta si no se ocupara de su propia idoneidad? Pero seguramente no es egoísmo lo que haría al hombre dar un paso hacia atrás y decir: “No, primero he de asistir yo mismo a la escuela, pues de otra manera me estaría burlando de los niños si yo intentara enseñarles algo”. No es el egoísmo, entonces, cuando es visto apropiadamente, lo que nos hace ocuparnos de nuestra propia salvación, pues es la base desde la cual operamos para bien de los demás.

IV. Habiendo respondido a esas objeciones, voy a intentar brevemente PRESTAR ALGUNA AYUDA a quienes de buena gana quisieran estar en lo correcto en las cosas mejores.

¿Le ha agradado al Espíritu Santo inducir a alguien aquí presente a poner empeño en lo tocante a su propia salvación?

Amigo, yo te voy a ayudar a responder a dos preguntas. Primero, pregúntate: “¿Soy salvo?” Quisiera ayudarte a responder eso muy rápidamente. Si eres salvo esta mañana, eres objeto de una obra dentro de ti, como dice el texto: “Ocupaos en vuestra propia salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer”. Ustedes no pueden obrarla *adentro*, pero cuando Dios la obra en ustedes, ustedes la aplican *afuera*. ¿Tienen una obra del Espíritu Santo en su alma? ¿Sienten algo más de lo que naturaleza humana, sola y sin ayuda, podría alcanzar? ¿Han experimentado un cambio que es obrado en ustedes

desde lo alto? Si así fuera, eres salvo. Además, ¿descansa tu salvación enteramente en Cristo? Quien depende de cualquier otra cosa excepto de la cruz, depende de aquello que lo engañará. Si tú estás afirmado en Cristo, estás sobre una roca; pero si tú confías, en parte en los méritos de Cristo y en parte en tus propios méritos, entonces tienes un pie sobre la roca pero tienes el otro pie sobre arenas movedizas, y es como si tuvieras ambos pies sobre arenas movedizas, pues el resultado será el mismo.

**“Nadie sino Jesús, nadie sino Jesús
Puede hacer el bien a pecadores desvalidos”.**

Tú no eres salvo a menos que Cristo sea todo en todo en tu alma, el Alfa y la Omega, el comienzo y el fin, lo primero y lo último. También juzga por esto: si eres salvo, le has dado la espalda al pecado. No has dejado de pecar –Dios quiera que pudiéramos dejar de hacerlo- pero has dejado de amar al pecado; ya no pecas deliberadamente, sino que lo haces por debilidad; ahora buscas empeñosamente a Dios y la santidad. Le tienes respeto a Dios, deseas ser semejante a Él y anhelas estar con Él. Tu rostro mira hacia el cielo. Eres como un hombre que viaja al Ecuador. Sientes más y más la cálida influencia del calor y de la luz celestiales. Ahora, si el curso de tu vida fuere tal que no caminas en pos de la carne, sino en pos del Espíritu, y produces los frutos de la santidad, entonces eres salvo. La respuesta a esa pregunta debe ser dada con gran honestidad e integridad para con tu propia alma. No seas un juez demasiado parcial. No concluyas que todo está bien porque las apariencias externas son hermosas. Delibera antes de entregar un veredicto favorable. Júzgate tú mismo para que no seas juzgado. Sería mejor que se condenaran ustedes mismos y que fueran aceptados por Dios, a que se absolvieran a ustedes mismos y descubrieran su error al final.

Pero supongan que esa pregunta tuviera que ser respondida negativamente por alguien (y me temo que así ha de ser), entonces, que quienes confiesen que no son salvos, oigan la respuesta a otra pregunta: “¿cómo puedo ser salvo?” Ah, querido oyente, no tengo que traer un volumen gigantesco ni una carga completa de folios en mi brazo y decirte: “te llevará meses y años entender el plan de salvación”. No, el camino es plano y el método simple. Si crees, serás salvo al instante. La obra de Dios de salvación es instantánea en lo que se refiere a su comienzo y su esencia. Si tú crees que Jesús es el Cristo, eres nacido de Dios ahora. Si te colocas en espíritu al pie de la cruz, y contemplas al Dios encarnado sufriendo, desangrándose y

muriendo allí, y si al tiempo que lo miras tu alma consiente en recibirlo como su Salvador y se echa de lleno sobre Él, tú eres salvo.

¡Cuán vívidamente viene a mi memoria en esta mañana el momento en que creí en Jesús por primera vez! Es el acto más simple que mi mente haya realizado jamás, y sin embargo, ha sido el más maravilloso, pues el Espíritu Santo lo obró en mí. Simplemente se trató de acabar con la confianza en mí mismo, y de acabar con la confianza en cualquier otra cosa excepto en Jesús, y poner mi confianza indivisa únicamente en Él y en Su obra. Mi pecado me fue perdonado en aquel instante, y fui salvado, y anhelo que suceda lo mismo contigo, amigo mío, precisamente contigo, si tú también confías en el Señor Jesús.

“Vuestra salvación” será obtenida mediante ese único acto simple de fe, y a partir de ese momento, será guardada por el poder de Dios mediante la fe para alcanzar salvación, y tú hollarás el camino de la santidad, hasta que llegues a estar donde Jesús está en la bienaventuranza sempiterna. Que Dios nos conceda que ni una sola alma salga de este lugar sin ser salva. Incluso ustedes, niñitos aquí presentes, ustedes adolescentes, ustedes, muchachos y muchachas jóvenes, yo oro pidiendo para que desde temprano en sus vidas se ocupen de “su propia salvación”. La fe no es una gracia para la gente vieja únicamente, ni para sus padres y madres únicamente; si sus corazoncitos miraran a Él que fue el santo niño Jesús, aunque sólo conocieran un poco, pero si confiaran en Él, la salvación será suya. Yo oro pidiendo que para ustedes, que son todavía jóvenes, “su propia salvación” se convierta, mientras sean todavía jóvenes, en un asunto de gozo porque la han confiado en las manos de su Redentor.

Ahora debo concluir, pero todavía me apremian uno o dos pensamientos. Debo expresarlos antes de sentarme. Yo quisiera exhortar a cada persona aquí presente para que se ocupe en este asunto de su propia salvación. Hazlo, te lo suplico, con todo denuedo, pues nadie podría hacerlo por ti. Le he pedido a Dios por tu alma, mi querido oyente, y le pido poder tener una respuesta de paz concerniente a ti. Pero a menos que tú también ores, vanas serían mis oraciones. Tú recuerdas las lágrimas de tu madre. ¡Ah!, has atravesado el océano desde aquellos días, y te has adentrado en las profundidades del pecado, pero recuerdas cuando solías decir tus oraciones junto a sus rodillas, y cuando ella agregaba amorosamente: “Amén”, y besaba a su muchacho y lo bendecía, y oraba pidiendo que pudiera conocer al Dios de su madre. Aquellas oraciones por ti resuenan en los oídos de Dios, pero es imposible que

puedas ser salvado jamás a menos que se diga de ti: “He aquí, él ora”. La santidad de tu madre sólo podría levantarse en juicio para condenar tu maldad deliberada a menos que la imites. Las sinceras exhortaciones de tu padre sólo confirmarían la justa sentencia del Juez, a menos que les prestes atención y tú mismo consideres y pongas tu confianza en Jesús. ¡Oh!, consideren, cada uno de ustedes, que sólo hay una esperanza, y que si esa única esperanza se perdiera, se perdería para siempre. Un comandante que es derrotado en una batalla, intenta otra, y espera poder ganar todavía la campaña. Tu vida es tu única batalla, y si se perdiera, estaría perdida por siempre jamás. El hombre que estaba en la bancarrota ayer, retoma otra vez los negocios con un animoso corazón, y espera tener éxito todavía; pero en el negocio de esta vida mortal, si eres encontrado en estado de quiebra, estarás en bancarrota por los siglos de los siglos. Por tanto, te exhorto en verdad, por el Dios viviente, delante de quien estoy, y ante quien podría tener que rendir cuentas de la predicación de este día antes de que el sol de otro día salga, te exhorto a ocuparte de tu propia salvación.

Que Dios les ayude, para que nunca cesen de buscar a Dios hasta saber por el testimonio del Espíritu que en verdad han pasado de muerte a vida. Ocúpense de ello ahora, *ahora*, AHORA, AHORA. En este preciso día llega la voz de la advertencia para algunos de ustedes proveniente de Dios, y llega con un énfasis especial, pues la necesitan grandemente ya que su tiempo es limitado. ¡Cuántos han pasado a la eternidad durante esta semana! Ustedes mismos podrían partir de la tierra de los vivos antes del próximo domingo. Yo supongo, de conformidad al cálculo de probabilidades, que de esta audiencia hay varias personas que habrán de morir dentro del mes siguiente. No estoy haciendo conjeturas ahora, sino que de acuerdo a todas las probabilidades, estos miles de personas presentes no podrán reunirse de nuevo, si piensan que todos lo harán. Entonces, ¿quiénes entre nosotros serán citados a la tierra desconocida? ¿Serás tú, joven doncella, que has estado riéndote de las cosas de Dios? ¿Será aquel comerciante que está allá, que no tiene el tiempo suficiente para la religión? ¿Serás tú, amigo mío extranjero, que has cruzado el océano para tomar unas vacaciones? ¿Serás transportado de regreso a tu patria convertido en un cadáver? Yo en verdad los conjuro a que consideren ésto ustedes mismos, todos ustedes. Ustedes, que habitan el Londres, recordarán que hace años, cuando el cólera barría a lo largo de nuestras calles, algunos de nosotros estuvimos en medio de todo, y vimos caer a muchos en torno nuestro, como si hubiesen sido tocados por una flecha invisible aunque mortal. Se dice que esa enfermedad se encamina hacia acá

de nuevo; se dice que está barriendo rápidamente desde Polonia y a través del Continente, y si llegara y se apoderara de algunos de ustedes, ¿estarían listos a partir? Incluso si esa forma de muerte no afligiera a nuestra ciudad, como pido que así pase, con todo, la muerte está siempre dentro de nuestras puertas, y la pestilencia camina en medio de las tinieblas cada noche. Entonces, consideren sus caminos. Así dice el Señor, y con Sus palabras concluyo este discurso: “Prepárate para venir al encuentro de tu Dios, oh Israel”.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Hebreos 10: 23-39.

Traductor: Allan Román
3/Noviembre/2010
www.spurgeon.com.mx